

EL ECO LITERARIO.

APUNTES SOBRE ELOCUCENCIA FORENSE.

Solo la vehemencia de las pasiones, la inspiracion, los trasportes del alma, la improvisacion, producen la elocuencia.
(Cormenin, libro de los Oradores.)

MUCHAS veces he reflexionado sino podria ser contestada la verdad de aquella antigua sentencia: *poeta nascitur, orator fit*; porque en verdad estoy por opinar que así para la poesía como para la elocuencia, se requieren disposiciones naturales cultivadas por el estudio. Unicamente si hay de notable en este punto, que habiéndose vulgarizado mucho mas el arte de convencer por la palabra que el de deleitar por la rima, se ha creido que cualquiera podria ser buen orador, con tal de que cultivase algun tanto disposiciones que ordinariamente concurren en un grado mas ó menos elevado en el vulgo de las personas medianamente instruidas. Cuán distante se halla tal opinion de la verdad, podrá conocerlo cualquiera que reflexione en el verdadero sentido de la palabra *elocuencia*, tal vez mal comprendida hasta el presente por no conocer bien el origen y fundamento de una ciencia, tan privilegiada como la de la persuasion. Ese mecanismo de tropos y figuras, de locuciones y fraseologia, que encubre en las obras magistrales la verdadera esencia del que se llama tan impropriamente como otras muchas séries de conocimientos *arte*; ese afan de querer crear Demóstenes ó Cicerones con dos ó tres reglas que son absolutamente supérfluas para los oradores que nacen tales, é insuficientes para los que jamás podrán llegar á serlo, han contribuido á que la elocuencia sea como arte ó ciencia despreciada por los sábios y desatendida por los ignorantes. Aquellos conocen intuitivamente el origen, los medios y el fin de la elocuencia; estos, intuitivamente tambien, se estravian del fin, abusan de los medios y desconocen el origen, cubriendo con el barniz de las reglas la pobreza de su ingenio, que todavía aparece de este modo mas ridiculo.

Improvisacion: hé aquí el primer dote del orador, por mas que tal idea asombre, aunque asombrar no debe lo que se demuestra con la observacion de la naturaleza. Una esposa que suplica á su amado consorte que no parta adonde le aguarda un peligro casi seguro, por mas que lo exige el deber, ¿se cree que haya compuesto de antemano un discurso académico para probar á conseguir lo que consigue en realidad con dos ó tres palabras nacidas del corazon, porque han sido dictadas por un sentimiento

que aprueba la razon en aquel momento? No, y sin embargo allí está el verdadero arte de persuadir; allí las figuras sin intencion de usarlas, con ese amanerado artificio que les quita todo su mérito; allí esos rasgos que jamás alcanzarán á copiarse en el frio retiro del gabinete. Tambien hay otra razon para ello, es cierto: el interés de persuadir en el orador. Cualquiera que haya hablado en público alguna vez, puede haber experimentado, que se habrá producido mas elocuentemente, á proporcion que mas intencion haya tenido de persuadir, mas interés en salir victorioso. No negaré que podrá improvisarse pésimamente, aun en el caso de hacerlo á impulsos de un gran interés; mas nótese que yo no tengo por orador al que escribe un mediano discurso que luego apenas sabe recitar, puesto que aun cuando la etimología de la palabra misma no resistiese esa confusion vergonzosa tan vulgarizada hoy dia, del orador con el escritor, siempre apreciarán los hombres la gran diferencia que existe entre el que dice lo que piensa y siente, y el que cuenta lo que ha pensado y sentido. Para persuadir se necesita antes de todo estar persuadido, ¿y cómo podrá hacerlo creer el que balbucea sin la menor emocion un discurso que el público ni aun sabe quien lo ha escrito?

Fijándose en estas ideas fundamentales, teniendo siempre presente que no porque el arte *persuadir hablando* se haya llamado con su propio nombre, deja de persuadirse tambien por medio de los escritos y de la declamacion, pueden hacerse tres clases de todos aquellos que emplean las palabras de cualquier modo que sea, para comunicar como exactas las ideas que ellos mismos ú otros han concebido: los escritores, los oradores, y los actores. Chocará sin duda el que en esta clasificacion entren como parte integrante aquellos que únicamente parece recitan lo que otros han escrito; pero á poco que se medite, se comprenderá que esa gloria, que no con tanta facilidad se concede á los buenos actores, algun fundamento debe reconocer, y este sin duda es el mérito de la perfecta espresion, medio por el cual se procura *persuadir* que la ilusion escénica es una verdad, y que los sentimientos que se fingen y las ideas que se emiten, representan ideas y convicciones reales. Por ello es tan diferente el éxito de una composicion dramática leida al de una representada, pues por el medio de la espresion ó representacion el poeta consigue tambien persuadir como escritor; de modo que esta clase de composiciones tienden á producir á la vez dos efectos distintos que concurren á un mismo pero doble fin. *Instruir deleitando*: hé aquí la mira del escritor dramático, á la que raras veces llegaria sin la ayuda del actor: pues bien, para corregir ó instruir, antes de todo se necesita estar persuadido y persuadir.

Por largo tiempo se ha confundido y sigue deplorablemente confundiendo la ciencia de la persuasion por la escritura, y la propiamente llamada *elocuencia*: aun hoy dia he leído autor que tiene por mas probable que Ciceron escribiese, puliese y perfeccionase sus oraciones, para luego servilmente aprenderlas y concienzudamente recitarlas, que no el que estudiada bien la materia y rebuscados todos los argumentos útiles á su dilucidacion, se abandonase en la espresion al génio, á sus vastos conocimientos, á la inspiracion del momento. Pámanos, es verdad, la rotundidad de los periodos, armonia de las frases y pureza de estilo del grande orador, á nosotros que estamos tan distantes de igualarle; pero ¿qué será mas probable? ¿que nosotros seamos mas pequeños que la ciencia, ó que

Ciceron y demas célebres oradores fuesen tan grandes como ella? A juzgar segun los que en todo y por todo necesitan de la pluma indispensablemente para convencer, con solo escribir medianamente y poseer algun ingenio, podria pasarse sin ningun trabajo del modesto y vulgarizado título de escritor, á usar del raro y grande de orador; pero ¿qué diferencia!

Y no es esto todo, porque la naturaleza misma ha distinguido con lindes bien notorios, aunque accidentalmente oscurecidos, ambos talentos, demostrándonos con la esperiencia diaria, que la elocuencia es en realidad lo que no puede menos de ser: esto es, en el fondo la improvisacion. Ora en las discusiones políticas, ora en los debates judiciales, ¿puede prescindirse de improvisar todo el que no abandone vilmente su causa al oir los argumentos imprevistos de su contrario? Y ¿se dirá acaso que la ocurrencia feliz por la que concluimos de una vez con nuestro contrincante, no es un rasgo de elocuencia? ¿Cuándo, sin embargo, hubiésemos siquiera pensado, al tener la pluma en la mano, que habríamos de defendernos y matar por aquel flanco que ni aun débil teníamos motivo para creer? Mas aun, pruébese á recitar luego de bien aprendido un discurso arreglado con el trabajo mas impropio y minucioso; trabájese inútilmente la memoria, jamás se conseguirá decirlo como se escribió. ¿Por qué? porque la naturaleza, como he dicho, lo resiste, y la naturaleza no puede ser contrariada por el escaso talento del hombre. Primeramente, si el discurso se ha de recitar sin ser leído, en algun local solemne, en presencia de algunos oyentes ilustrados y de cierto número de curiosos, todo este aparato está en contradiccion ostensible con el que regularmente nos rodea al tiempo de escribir: podráse á lo mas imaginar el terrible momento de la recitacion, pero desde el hielo del gabinete hasta el calor de una discusion pública hay una distancia, que solo puede salvar el génio que ha cultivado el don divino de la palabra. Así sucede comunmente, que ni el gesto, ni la accion, ni aun la misma voz, denotan en el recitante persuasion ni intencion de persuadir, dado que se reproduzca fielmente lo escrito; y de aqui el que ni aun se consiga muchas veces el fin que la simple lectura del escrito acaso hubiera conseguido. Lo que mas ordinariamente sucede es, si el redactor del discurso (suponiendo sea el mismo que le recita) tiene alguna disposicion para la oratoria, olvidar á muy luego una idea ó una palabra, que era como el eslabon precioso de la cadena que tanto trabajo le habia costado elaborar, y constituido en un azaroso momento en la vergonzosa necesidad de callar ó malamente improvisar, atropellar á impulsos de la misma naturaleza del acto, y por un resto tambien de amor propio, *orar*, en una palabra. Sino tiene el recitante ni aun el indispensable talento para ser mal orador, truncando (quizá mas tarde) el hilo de su discurso que balbuciente y á duras penas empezó, lo que hace, ó mejor lo que no hace, es ni hablar ni recitar. Verdad es que algunos, constituidos en la precision de hablar en público algunas veces, suelen desquitarse mas ignominiosamente todavia, con un laconismo vulgar, el peor de todos los estilos.

¿Dónde está la verdadera causa de este efecto que suele por decoro llamarse perturbacion? En la naturaleza, no me cansaré de repetirlo. Mil veces se han citado como los rasgos mas felices de elocuencia, aquellos arranques apasionados de personas tal vez literatas, pero que estaban persuadidas fuertemente de alguna idea, y querian imbuirla á toda costa

en el ánimo de los demas. Observarse puede que los breves discursos de los reos contienen infinitamente mas elocuencia que los frios y amanerados de sus vulgares defensores, ¿y esto por qué? porque lo mismo en un discurso que en una conversacion, el fin que el hombre se propone es persuadir y convencer, y esto se consigue espresando lo que se siente y se conoce, de la manera misma como el interés del momento á impulsos de una pasion en todo su vigor lo hace sentir y conocer.

Lo único que hasta ahora se ha obgetado por los ingenios medianos ha sido; que escribiendo antes el discurso que ha de recitarse de memoria, el estilo gana en rotundidad y concision, tal vez se imaginan figuras mas bellas, y sobre todo se evita el desaliño y confusion de las improvisaciones. En hora buena que así suceda con los malos oradores; por esto creo haber apuntado que son tan raros los buenos. Bien claro es que pudiéndose discurrir friamente una hora para completar con sonoridad una frase, saldrá esta mas ordenada y bella que si producto hubiese sido de un momento de pasion. Ahora bien, ¿será por ello mas elocuente? Prescindamos de que esta frase al pronunciarse perderá seguramente gran parte de su belleza, porque precisamente á no ser buen cómico el orador no podrá conservársela ¿convencerá mas por ser mas bella? Cuanto mas el arte aparezca en el discurso, tanto menos convencido debe creerse el orador, ¿y en tal caso cómo convencerá friamente recitando á los demás? Nuestros grandes maestros en la elocuencia hacen valer por mucho el desórden en la discusion, y la razon es clara: el fondo de la ciencia de la persuasion no consiste en la gramática y retórica, sino en la dialéctica y poesía.

No niego que el fondo embellecido por la forma es el *desiderandum* de la ciencia; mas en la necesidad de elegir, tampoco titubeo en preferir la sustancia al accidente. Y ahora paso á hacerme cargo de una obgecion que quizás habrá ocurrido á alguno para sostener la opinion que impugno. En la poesia tanto lírica como dramática se persuade desde el fondo del gabinete, puesto que la recitacion, especialmente en la última, se confia á personas que ni interés tienen en demostrar la verdad de lo que representan, ni participacion alguna en la concepcion de los pensamientos que espresan. Mas desde luego es menester distinguir ideas que se confunden vulgarmente con sobrada facilidad: la imaginacion y el corazon. En todas las composiciones dramáticas y líricas falta en el poeta aquel deseo vehemente de persuadir que he dicho forma el fondo de la elocuencia; se imagina, se canta, pero no se habla directamente á ciertas personas con el interés esclusivo de que se persuadan de alguna cosa: esta verdadera pasion que solo nos agita en el momento de improvisar un discurso, en vano se sentirá al componer algunos versos. El poeta, es verdad, se coloca por un tiempo dado en la situacion de personas que afectan sentir aquella pasion, pero esto no es mas que una ilusion, y la ilusion no puede confundirse sin peligro con la realidad. Cuanto mas inspirado esté el poeta, cuanto mas viva sea su imaginacion, tanto mas convencido y dispuesto á convencer, tanto mas elocuente se mostrará; pero elocuente en realidad, solo cuando esclusiva y directamente se proponga la persuasion, lo será. De aquí nace la necesidad de actores que al espresar los pensamientos poéticos, realicen hasta cierto punto aquella ilusion; pero ¿cómo? por la representacion, que es uno de los conocimientos mas necesarios al orador. Esto mismo comprueba que hasta llegar al ánimo y á la voluntad del

oyente faltaba un medio, medio superabundante hasta cierto punto, aunque antiguamente usado, cuando se trata de persuadir por una composicion oratoria.

Así como la poesia es obra de la imaginacion, la prosa que persuade por escrito lo es del entendimiento; entendiéndose sin embargo que no escluyo al corazon de la parte legitima que en tales producciones puede en segundo lugar hacer valer. Dificilmente se podrá hacer pasar un sofisma en un escrito, siendo así que en una improvisacion el oyente mas cauto es víctima, aun cuando por momentos no mas sea, de él. En la oratoria, el corazon suple á la razon cuando esta calla á la lectura de un escrito contrario; cuando se escribe, la elocuencia del corazon, la verdadera elocuencia, nada ó muy poco puede. Ni ¿cómo, si la abstracta reflexion no puede recaer sobre la accion, el gesto y la pronunciacion del orador?

Las consecuencias que de estas premisas se deducen son importantísimas. Si para persuadir se necesita estar persuadido, ó al menos aparentar perfectamente estarlo, el abogado debe identificarse con su cliente, como tantas veces justamente se ha dicho, animarse de sus mismas creencias, y participar en el mismo grado de sus propias convicciones. Inútil es advertir que como consiguiente legitimo, ningun orador, á no ser demasiado bueno, si cabe esta espresion, defenderá elocuentemente causas que crea injustas. = *C. Pascual y Genís.*

RECUERDOS HISTÓRICOS.

AÑO 993.

LA GABEZA DE BORRELL SEGUNDO.

(Continuacion.)

—¡Oh! no me olvides jamás, concédeme tu amor. ¿Qué te importan mis creencias, si tú eres mi Alá, mi Profeta, mi Islam? (1) Si de dia levanto los ojos al firmamento, en su disco miro tu imágen; si me abalanzo á un precipicio, te contemplo en el fondo del abismo; si en mis noches sueño horrores, tú eres el génio de la destruccion; si mis ilusiones mienten placer, tú eres la hada de la felicidad. En las batallas y álgaras (2) mi mano se paraliza al herir, porque te apareces entre mi lanza y mi enemigo. Convocado por el Almueden (3) mis azalaes (4) no se dirigen á Alá, únicamente son para tí. No recito preces, arrojo palabras de amor. Entonces saco tu retrato y lo beso, y lo estrecho contra mi seno. Dentro de él palpita tempestuoso mi corazon queriendo despedazarse, mis ojos

(1) Islam: confianza, seguridad, resignacion.

(2) Escaramuzas.

(3) Almueden: el encargado de llamar los creyentes á la oracion.

(4) Oraciones.

se hinchán, mis sienes laten, mis arterias abrasan, la sangre se precipita quemando mis venas, y siento vértigos y crispaturas, y deseo verte, deseo estar á tu lado, y poseído de insólito furor maldigo el nombre de los cristianos, y maldigo al destino que entre ellos te colocó. Nos debemos amar, así está escrito; ven hermosa con los hijos de Ismael, en los campos del Yemen, entre los aromas de la Arabia feliz, bajo un diáfano firmamento y un sol de ardorosos rayos nos amaremos sin cesar. Yo seré tu esclavo, y tú serás mi gloria; ven á mis tiendas, que son la patria del amor, ven, y allí gozaremos la única felicidad que es posible en este mundo.

—Desde esta mañana en que por vez primera os ví, siempre pensaba en vos. Me sentia inquieta y pregunté á mi estrella, la estaba consultando y os sorprendí á mis pies. Sentí ruborizarme al oír vuestras palabras; ¡ojalá no las hubiese escuchado! Sin ellas en mi corazón levantára un templo á vuestra memoria; por ellas he sabido que la religion interpone entre los dos un abismo sin fondo, y este abismo lo ha inundado la guerra con mil torrentes de sangre. Desde sus orillas podremos mirarnos y llorar, hasta que estenuados falezcamos, vos en la creencia del Islam, yo con la fé del Crucificado.

—¿Qué es lo que nos separa? ¡un mar de sangre sin fondo! yo me lanzaré á este mar, lucharé con sus impuras olas, y cuando llegue al borde opuesto, me alargará tu mano de salvacion. ¿Entonces quién podrá separarnos, si nuestros corazones estarán mas enlazados por el amor, que el cedro al libano por sus raices? Juntos consultaremos esta estrella que es tambien la mia, y que tantas veces miré despues de una jornada de combates, cansado ya de la destruccion y venganza.

—¡Ay! eterna es nuestra separacion. No os precipiteis á tales corrientes de sangre, porque vuestro cuerpo se hundiria cual pesado mármol, cual se sumerge la mas ligera paja en las malditas aguas de Sodoma.

—Tú sueñas, hermosa, tú imaginacion se estravía. ¿Dónde están los delirios que tanto nuestras almas entristecen? ¿dónde esa sangre y ese abismo si me ves junto á tí, si nuestra respiracion se confunde, y nada, nada nos separa? Ven, marchemos á lugares remotos en donde tus hermanos no aborrezcan á mis hermanos. Antes de verte yo deseaba la prez de las batallas y la gloria de los combates, ahora únicamente anhelo paz y amor. Amame. No importa que des á tu Dios un nombre diferente del que le dan los musulimes, si todos adoramos á un ser Supremo. Yo creo en él, como tú crees tambien: lanzémonos al piélago de amor, cuyas dulzuras vierte en nuestras almas, cuando su mano justa hace tocar á nuestros lábios la fatal copa de amargura.

Ambos jóvenes iban á pronunciar un juramento de amor eterno, cuando los gritos de *á las armas*, paralizaron sus palabras.

Barcelona se presentó en un instante como una ciudad agitada por la proximidad del enemigo.

En medio de tanta confusion, Matilde y Abdala se apartaron apresuradamente.

El árabe se precipitó á empuñar su cimitarra en las filas de la media-luna.

Cuando la niña entró en el palacio, tuvo lugar una escena muy dolorosa.

Hugo de Orcan, curado de sus heridas, se arrojaba otra vez á defender su religion y su patria.

Matilde, cuyo espíritu estaba anonadado, se angustió doblemente al ver el llanto de su madre y de su amiga, y al pensar que su hermano se lanzaba á la muerte.

Media hora despues se dirigian á los campos del Vallés el conde de Barcelona Borrell II, solamente acompañado por quinientos caballeros.

Marchaban sin miedo contra sus enemigos.

¿Cuántos eran los sarracenos? Solo Dios lo sabe: eran sin número como la descendencia de Adan.

¡Barcelona! hé aquí tus hijos cuyo valor es tan grande como tu nombre; para cada uno de ellos existe notable multitud de enemigos. ¿Encontrarán sus armas la victoria? Tal vez no, pero gloria la alcanzarán siempre.

Tal vez perecerán sin que dure su recuerdo mas que una generacion en la mente de una madre, de un hermano ó de una esposa.

Tal vez perecerán sin consignar su nombre en tus anales para recordacion.

Mas no importa, ellos habrán gozado al pensar que se inmolaban por su patria. Ellos estarán gozando, pues fueron mártires por un Dios que les prodigará eterna gloria.

No importa; si ignoramos sus nombres, jamás desaparecerá la memoria de sus hazañas.

(Se continuará.)

POESIAS.

NOCHE BUENA Y DIA MALO.

I.

Entre las noches mas malas
Del diciembre árido y frio
Hay una noche muy buena,
Como escogida por Cristo.
Son precursores seguros
De su feliz natalicio
Turrón, peladillas, tortas,
Pagas de ganga, buen vino,
Récipes de los letrados,
Gallinas de cinco en cinco,
Palomas, capones, pavos
Y otros miles de enredijos
Que vienen á la ciudad
Como de gula á un abismo.
Aquí una confitería
Brinda dulces como riscos;
Mas allá con el Gijona
Nos pica un alicantino;
Si se huye de San Fernando,

Se baja hácia San Francisco;
Se goza con boca y ojos,
Y en cualquier parte lo mismo,
Todos son caras de *Pascua*,
Solo padece... el bolsillo.
Los sastres prometen, mienten,
Y al verse tan perseguidos
Se hinchan tanto, que parecen
De la tijera ministros.
Todo es bulla, confusion,
Percances, preparativos,
Aquí citas, allá compras,
Acá voces y allí gritos.
¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué bolinal!
¿Si será que vino el juicio,
O que el juicio se nos fue
Porque así nos sobre-vino?
¿Será que el Ebro y el Túria
Se han dado beso de amigos,

Y al Miguelete en persona
 Le han sacudido un bautizo?
 ¿Será que el orbe europeo
 Sentado ya en fuertes quicios,
 Dá asilo á los pocos buenos,
 Y palo á los muchos pillos?
 ¿Será que ya no hay empleos,
 Ni ambiciones ni partidos,
 Ni Pirineos ni Africas,
 Ni tributarios capitulos?
 ¿Qué será? ¿qué no será?
 Pues es que ha nacido un niño.
 Aquí es ella. ¡Dios de Dios!
 Viva esta noche de juicio
 Ya que á ninguno le queda
 Con licencia del Altísimo.
 Vengan botellas y pavos,
 Aire al fandango y al vito,
 Gloria á Dios en las alturas,
 Y en la tierra..... mucho vino.
 ¡Las doce! fuera ya escrúpulos
 Y gastrónomos novicios;
 Que coma aquel que no baile,
 Que toque el que no haga mimos:
 Ternera, ensalada, pollos,
All-y-oli y pastelillos,
 Al zum zum de la zambomba
 Son imán del apetito.
 —¿Qué me quieres, mona mia?
 —Que te requiero y muchito.
 —Vamos á matar la araña.....
 —Si tú no danzas, no brinco.
 —Paco, corona ese vaso,
 Que sino me escandalizo.....
 —Allá vá la manzanilla,
 Choca el vidrio, que ya brindo.
 —Porque el que aquí nos juntó
 Nos junte en el Paraíso,
 Por las morenas traidoras
 Que me tienen sin sentido,
 Por las blancas de ojos negros
 Y las que los usan bizcos,
 Por todos los escritores
 Que hubo, por haber y habidos,
 Por todos los que en Iberia
 Serán y han sido ministros,

Si buenos porque lo sean,
 Si malos por no sufrirlos,
 Por los amables lectores
 Que al *Eco* han favorecido,
 Por todos los españoles
 Que *lo sean*, bebo y brindo.
 —¡Bien, muy bien! vamos á misa,
 Que están tocando sin tino.
 —Deja que cante esta copla
 Mientras al verte me encandilo.
 —¿Candiles? no sé contarlos:
 ¿Encendiste tres ó cinco?
 —*Esta noche es noche buena....*
 ¡Ay! aquí se acabó, chicos;
 Prima, bordon y tercera
 Saltaron de un estallido:
 Acabemos con los postres,
 Coro final y al avio.
 Pónese en marcha la gente
 Revuelta cual torbellino,
 Mas alegre que un muchacho
 Cuando topa con un nido,
 Entre dormida y dispierta,
 Entre Valdemoro y Pinto;
 Pero la misa del gallo
 Es esencial requisito
 Para que termine en regla
 La noche del natalicio.
 No hay mas que seguir la broma,
 Y ande el empujón y el grito,
 El fandango de los órganos
 Y la jota del pellizco.
 Cual brisa de flor en flor,
 Diría un poetastrillo,
 Así la gente del bronce
 Vuela sin ver el camino
 De San Martín á San Juan,
 Y de San Juan á otro sitio.
 Donde hay gresca se estaciona
 Por hacer mas rebullicio,
 Y en concluyéndose todo
 (Cuidado que todo digo)
 Con el lucero.... del alba,
 Y en la modorra del vino,
 Vuelve en sueños cada cual
 A gozar lo que antes hizo.

II.

¿Quién llama?--Soy yo, señor;
 Me han entregado este impreso,

Y el prógimo que ha venido
 Está aguardando.... el efecto.

--Pero ¿qué pide?--Si calla,
Sino ha dicho «aquí me llego.»
--A ver, abre un ventanillo,
O mejor.... dile que duermo....
--Señor, señor, otras coplas
Que ha compuesto el zapatero
Dando á V. felices Pascuas
En renglones de pie y medio.
--¿Y qué se sabe él de pies?....
--Pues si los está midiendo
A todos y por un tris,
No sabrá de pies....--Corriendo,
Dí que estoy muy ocupado,
Que no he dormido ni puedo
Si con su musa indiscreta
Viene á perturbar mi sueño.
--Otro memorial, señor,
Y este ensucia medio pliego....
--Que llaman.... Abre. Despacha.
--Es el que reparte el *Eco*.
--A ese dale sin demora....
--Suben tres mas.--Bueno, bueno,
Premia las ánsias de todos,
Dios ponga en tu mano tiento....
¡Cómo ha de ser! no hay escape,
Solo así compro el sosiego.
A las diez ó algo mas tarde,
Ríñe Febo con Morfeo,
Y el que fue ledo canario
Parece triste mochuelo.
La colacion indigesta
Le ha sublevado el cerebro,
Y el vinillo y el fandango
Ribetea sus ojuelos.
Mas esto no es todo al fin,
Que en las desgracias no hay medio;
Pues así que entontecido
Abandona inútil lecho,
Ya le rodea un enjambre
De pretendientes pequeños
Al mozo de buen humor,
Ora ministro casero.
--Tio, papá, muy felices....
Qué ¿no nos das para juegos?....
--Yo soy Manuel; la mamá
Me envía no mas.... á veros....
--Mil gracias por la atencion.
Vaya, en fin, sino es mas que eso.
--Ya tengo un duro de estrenas....
--¡Qué niño tan indiscreto!

Toma y dile á tu mamá
Que no repita el obsequio.
Tras los niños las criadas,
Los labradores sinceros
Que por una gallinita
Se llevan doble en enredos,
Los dulces de compromiso,
Los amigotes atentos,
Los aguinaldos-busilis,
Y otros mil busilis destos,
Al bolsillo ya espirante
Ponen estrecho bloqueo.
Si al uno se le dió un duro,
Al otro dos y así luego
¿Qué sistema tributario
Es mas ominoso y pésimo?
En fin, nuestro hombre se afeita,
Pero con humor tan perro,
Que antes tropieza con carne
Que logra cortar un pelo.
Va á vestir un frac lujoso,
Y en pena de ser tan crédulo
Se encuentra con que el artista
Es un solemne embustero.
Se adereza en *negligé*,
Y va á peinarse el cabello,
Mas ¿en cual peluquería
Si es cuestion de tantos pelos?
Salud, paciencia y pesetas
Sufren un bajon horrendo,
Pero aquí me las den todas,
Ya estamos en el paseo.
Si es papá el señor D. Cándido
Sin alegar otros méritos
Que estar en el *quinque-libri*
Y ser pantalla á un lucero,
Los chicos le descoyuntan
A fuerza de pedimentos;
Y no hay traslado posible
Ni suspensiones de apremio,
Porque los nenes apelan
Al lloro y ganan el pleito.
Si es mozalvete de Filis
El señorito Amadeo,
Se encuentra en el purgatorio
Por mirar un rato al cielo.
A la niña, ya se vé,
Se le antoja un embeleco,
Y el amante á fuer de rico
No falta á lo caballero.

Que á la dama le ha petado
Cualquier pitito ó muñeco;
El novio que entonces goza
Lo compra con su dinero,
Que á la mamá le ha ocurrido
¡Desgracia! no llevar suelto,
Porque nunca se lo ató
Ni muy flojo ni muy prieto,
Ahí está D. Suple-faltas,
Ahí está D. Amadeo.
Pero ¡ay! no solo son estas
Las penas que está sufriendo.
Su rostro ríe y él rabia,
Va á hablar y se corta luego,
Quiere indicar lo notable,
Y nota.... que no hay dinero.
¡Adios!.... la familia entera
De D. Hilarion Sarmiento!
Siete primos de la novia,
Muy rollizos, muy pequeños,
Rodean al primo en ciernes.
¡Oh desdichado mancebo!
El uno quiere trompetas,
Otro trompetas y perros,
Enriquito una escopeta,
Matildita unos pasiegos,
El *auca* del hombre malo,
Y hasta la del hombre bueno.
Nuestro mozo se deshace
En apercibir rodeos,
Mas los ojos de su amada,
Mas prestos que dos telégrafos,
Le acosan en todas partes,
Y el mercader pide en seco.
¿Qué hacer? ¿qué hacer sino canta:
¡Ay amor! ¿cómo me has puesto!
Entre dimes y diretes,
Turbado su pensamiento,
Da al traste con su paciencia,
Y al fingir sacar dinero,
Todos los trastos que lleva
Son escombros por el suelo.
¡Felices Pascuas me daban!
Que tales las tengan ellos.
Así esclama, y ni por esas;
El que no ríe está sério.
Si la chica es elegante,
Sufre un ataque de nervios,
Si candorosa, se afrenta,
Si coqueta, ríe al verlo,

Y tan solo le consuela
Si es destas de medio pelo.
Llega á su casa aburrido,
Pródigo y mezquino á un tiempo,
Y al ir á probar la sopa,
Aun hay quien le pide en verso.
¿Qué importa que en la cocina
Piense encontrar refrigerio
Si está ahitado de todo,
Y hasta tiritita de miedo,
No sea que el aguinaldo
Le exija su cocinero?
--Iré al teatro siquiera
A ver si olvido el tropiezo.
¡Ay Dios! si mas le valiera
Sepultarse en el averno.
Al ir á entrar ya le asedian
Con el consabido apremio,
Pero en fin paga el portazgo,
Refunfuña, y entra dentro.
Pensó infeliz santiguarse,
Y casi se queda ciego.
¡Qué comedion! y ¡qué magia!
¡Qué público! y ¡qué portentos!
Los actores disparatan
Porque así le gusta al pueblo,
La *ignominia* aplaude á gritos,
Ninguno ocupa su asiento,
Y aquella es como de un sastre
Por niños cajon revuelto.
--Las Pascuas de Navidad....
--¡Aun mas Pascuas! ¡Por S. Cleto!
Acabemos de una vez,
Tome usted, lárguese luego,
Que tanto pedir ya carga,
Sea en prosa ó sea en verso.
Voime al café á refrescar
El corage en que ya hiervo.
Esto dice, y como bala
Se sale de aquel infierno,
Y al sentarse en el café
Pide sorbetes y fuego.
--Lo que es sorbete, replica
El mozo medio riendo,
Se acabaron, mas en cambio....
--¿Qué queda? pronto.--Estos ver-
Maldito sea el Parnaso, [sos.
Prorrumpe con gran estrépito,
Toma mi última moneda,
Y gástatela en.... arsénico.

--¿A dónde iré, continúa,
Que no encuentre pedimentos,
Y eso que tantos letrados
Se han olvidado de hacerlos?
Iré á.... no: ¡Dios me libre
De las Pascuas y del sexto!
A casa me marchó, á casa,
Donde entre calientes lienzos
Sepultaré mi fastidio.
¿Su fastidio?.... aun está á cero.
Al entrar en el salón,
Centro del *raout* ó concierto,
Oye el infeliz mortal
Aquel fatídico eco,
Repetido casi á coro
Por mil labios indiscretos:
«¡Que usted las goce felices,
Qué los tenga usted muy buenos!”
--¡Que así los goce el demonio!
Replica con crudo gesto,
Y sin gastar mas andróminas,
Mas airado que grosero,
Se zambulle entre la holanda,
Casi convertida en hielo.

Llama al criado y no acude,
Porque el diantre del sueco,
Como es día tan solemne
Cree que el amo lo menos
Se está divirtiendo entonces
Como él se está divirtiendo.
Entra desnudo en el páramo
De su solitario lecho,
Mas cual si fuera real órden
Inquietarle hasta en su sueño,
Apenas cierra los párpados
Oye la gresca y jaleo
De una música en la calle
Y en su casa un bailoteo.
Ya no puede sufrir mas
Y esclama: «Si el nacimiento
Celebras en el Edén
Dios mio, como en el suelo,
No he de pedirte mas gloria
Que una noche de sosiego.”
Seguramente el nacido
Oyó sus votos sinceros,
Porque tras la noche buena,
Pasó el mal día y.... *laus deo*.
C. Pascual y Genís.

FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquín Barba de la Cuesta.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

CAPITULO V.

De lo que sucedió en la taberna de maese Turquant, en donde entró un caballero en busca del asesino Clopin.

Era una de las últimas noches de febrero: la lluvia que había caído sin cesar durante el día, había hecho que las calles de París estuviesen intransitables y obligaba á los vecinos á no salir de sus casas. La oscuridad ademas hubiera sido un inconveniente tan poderoso como el de la lluvia.

Un hombre cruzó, á pesar del mal tiempo, las calles que mediaban entre la de S. Andrés y la de los Hampones, en una de cuyas tabernas entró cuidadosamente embozado hasta los ojos. Su llegada escitó la curiosidad de una media docena de personas que se hallaban allí; ya se ve, el recién-llegado era un caballero á juzgar por su fina capa y por su sombrero con plumas, y entraba en la taberna de maese Turquant, que era el tunante mas rematado de París, y su taberna el albergue de toda esa gente que hay en las grandes ciudades, que sin haber recibido de la suerte bienes de fortuna, quieren gastar y disfrutar como grandes señores. Apenas nuestro caballero entró allí, uno de los que estaban en la taberna, hombre de cuarenta años y de siniestro aspecto, se acercó á él como si le hubiese reconocido, y le dijo sonriendo.

--¿Vos por acá?

--Sí, y en busca tuya, contestó el embozado sentándose junto á una mesa y haciendo lo mismo Francisco Clopin, que tal nombre llevaba el pájaro que acabamos de dar á conocer al lector.

--¿Qué teneis que mandarme? preguntó éste.

--Necesito cuatro hombres de valor.

--Los tendreis, pero sepamos de qué se trata: si vamos á robar alguna muchacha como la que robamos en la calle de Maucon, con que vayamos dos sobran los demas.

--Entonces no se trataba de asesinar á nadie, tan solo era nuestro obgeto apoderarnos de una niña de diez y seis años, hija de un pobre viejo, que ni aun gritar pudo cuando os vió arrebatarle á su hija.

--¡Pobre chicuela! esta noche ha estado en la taberna y me ha dado compasion el verla; apenas me ha visto se ha puesto á llorar, diciendo que nosotros causamos la muerte de su padre, que murió al siguiente día que la robamos, y que ademas á ella la hemos hecho bien desgraciada. Yo la he preguntado si hacia mucho tiempo que no os habia visto, y apenas ha oido vuestro nombre, ha huido de aquí como si yo hubiese acabado de nombrar al diablo. ¡Pobre Micaela! despues que vos la abandonasteis, ha pasado á ser obsequiada y perseguida por los soldados.

--Olvidemos eso y vamos á lo que interesa.

--Hablad y sereis obedecido, se entiende, si pagais bien.

--Bien sabes Clopin que no soy miserable.

--¡Oh! sí, sois lo que se dice, un buen parroquiano: por el asesinato del judío me disteis 50 ducados, por el robo de la Micaela 30, y por la paliza que se le pegó al caballero inglés Eggerrando Northon me disteis 6 escudos, módica suma con la que conseguisteis hacer abandonar al inglés la casa que él frecuentaba, y á la que vos no queriais que fuese. Esto último hace que sucedió seis meses, y desde entoncés que nada sin duda se os ha ofrecido cuando no os he visto por aquí ni por mi casa.

--Ahora vengo á proponerte un negocio que puede reportarte una extraordinaria ganancia.

--Y á fé que necesito trabajo, porque estoy sin una moneda.

--¿Habeis oido nombrar al duque de Marancy?

--¿El duque de Marancy? quién no ha oido hablar de ese hombre que tiene una casa mejor que la del rey y que gasta mas que un sultan.

El caballero guardó silencio, como si temiese que Clopin no aceptase lo que iba á proponerle.

--¿Y qué tiene que ver el duque con vuestro proyecto?

--Mucho.

--Veamos.

--Ese duque de Marancy, tan rico, tan poderoso y tan conocido de todos, es el que quiero que tú asesines esta noche. Sí; esta noche ha de dejar de existir, aun cuando yo tenga que presentarme en su misma casa y darle de puñaladas en su mismo aposento.

Otro cualquiera que el asesino Clopin se hubiera asustado al ver la rabia que se traslucía en las facciones del caballero, pero Clopin, lejos de alterarse, contestó con calma.

--Hasta de ahora jamás se me habia presentado una empresa de tanta gravedad. ¡Oh! es menester reflexionar mucho, porque ahora no se trata de robar una muchacha ni de apalear á un inglés, se trata de quitar del medio á uno de los hombres mas grandes de Francia, y esto es muy difícil y arriesgado.

--No lo creas, no hay nada mas fácil.

--Su casa está llena de criados y aun de soldados.

--Eso no debe importarte.

--Pues que esos hombres no se defienden?

--No es en su casa donde debes matarle.

--¿Pues en dónde?

--En la calle.

--¿Cuándo?

--Esta noche.

--¿Esta misma noche?

--Sí.

--Esplicáos.

--El duque ama á una joven.

--A quien vos tambien amais, vamos entiendo, seguid.

--Y á quien él va á ver todas las noches.

--Pero esta no habrá ido, la noche es muy mala.

--Clopin, tú no has estado jamás enamorado, ya se conoce, de otro modo no dirias eso.

--Las mugeres han venido siempre á buscarme á mí, mientras he tenido dinero que darlas.

--Decia que esta misma noche ha ido á verla, y que á las doce pasará por la callejuela de la Tirrene.

--Esceleute sitio.

--Irá solo.

--Tanto mejor.

Ya ves Francisco Clopin, que la empresa no es tan arriesgada como te parecia.

--Sin embargo, temo mucho que mi brazo ha de vacilar antes de meter el puñal en el corazon de tan grande hombre.

--Debes por lo menos llevar cuatro para que te ayuden, pues si se malograra el proyecto, éramos perdidos.

--A mí me costaria la vida.

--Y á mí tambien, porque si ese hombre no muriese esta noche, no me quedaba mas recurso que arrojarle al Sena.

--Yo procuraré que vivais.

En esto el reloj de la iglesia vecina dió las once.

--Las once, dijo el caballero, dispónete á partir, porque bien necesistas media hora para llegar del modo que están las calles y con la oscuridad que hace, á la calle de la Tirrene.

--Sí, voy á partir, pero antes es necesario que me digais cuantos escudos guardais para mí y mi gente.

--Doscientos.

--Doscientos, dijo Francisco Clopin, por esa suma ya puede uno trabajar con gusto.

Un cuarto de hora despues Francisco Clopin salió de la taberna seguido de cuatro mas. El caballero mandó á maese Turquant que atrancase la puerta, y para indemnizarle de las ganancias que pudiera haber aun tenido, le dió seis escudos, es decir, mas que habia ganado durante el dia y mas de lo que esperaba ganar al siguiente.

VARIEDADES.

CONTRASTE.

El mismo dia que se aplaudia en el teatro de San Fernando de Sevilla la comedia del Sr. Suarez Bravo, titulada *¡Es un ángel!* naufragaba en el de esta capital. Hé aquí lo que leemos en el *Porvenir* del 12 del presente, acreditado periódico de aquella ciudad.

«Anteanoche se repitió en el teatro de San Fernando la comedia *¡Es un ángel!* cuya protagonista desempeñó con tanto acierto como siempre la señorita Duclós, arrebatando infinitos aplausos al público, que al final del primer acto la arrojó una corona, justa ovacion debida al sobresaliente mérito de tan modesta actriz, quien á petición del público se presentó en las tablas á recogerla, acompañada del Sr. Lugar, que tampoco dejó nada que desear en el desempeño de su papel. Nuevos aplausos y nuevas flores recogió en la cancion de la *Contrabandista*, con la que logró llevar el entusiasmo de los espectadores al estremo. Nosotros, siempre admiradores de sus dotes y de sus inolvidables gracias, participamos de su satisfaccion por estos triunfos artisticos, y le deseamos cubierta siempre de flores, la difícil senda del templo de Talía, por la que con tan segura planta camina.

A LA SEÑORITA

DOÑA MATILDE DUCLÓS.

Yo ví ostentarse plácida y ufana
En el templo encantado de Talía,
La maga que en mis sueños entrevia,
Envuelta en nubes de encendida grana.
Su dulce acento la ilusion emana

Que eleva á otra region mi fantasia;
Mensagero de paz, que al alma envia
De risueños placeres la mañana.
¡Es MATILDE! mil voces esclamaron;
¡Es MATILDE! los ecos repitieron,
Y á la muger por ángel adoraron,
Y mis ojos querube la creyeron,
Que al elevar sublime el rauda vuelo
Lleva consigo mi recuerdo al cielo.—T. F.

La señorita Duclós representó en Sevilla *Un ángel*. ¿Qué habrá hecho aquí la Rimbau? ¡Lo que ha ganado el público!!!

TEATRO.

REVISTA CRITICA.

IL NUOVO MOSSE.

Si por precision hubiéramos de dar cuenta de verdaderas novedades, nuestra tarea estaba reducida á aguardarlas con resignacion, y llenar este rincon de periódico entretanto con una declamacion *ad hoc*, ó bien con algun comentario de los inflexibles principios que dejamos fijos, cual nuestro norte, en la primera de estas revistas. Pero nada de eso: si *Il nuovo Mossé* no es un Moisés nuevo para el público valenciano, tambien puede asegurarse sin temor de ser desmentidos (á no ser por algun artista) que *il Mossé* del dia 20 no era el mismo que oímos á Corradi-Setti y á Testa. La grandiosa partitura de Rossini parece destinada á ser el barómetro de las facultades ó recursos de las compañías que sucesivamente se han ocupado de ella en nuestra escena; así es que la hemos oido egecutar muy bien, mal, menos mal, pero nunca como en la noche que hemos indicado. No obstante, como esto ya trasciende á comparacion, nos limitaremos á decir cuatro palabras sobre lo presente, sin perjuicio de ocuparnos pronto de lo porvenir.

El primer acto de la ópera *Mossé* sufrió una terrible dislocacion en la representacion del miércoles. La Sra. Tamburini, á quien respetamos religiosamente como señora, pero á quien ya hemos criticado concienzudamente como *artista*, fue recibida por el público como nosotros le augurábamos. Somos tan amantes del arte lírico como de todos los que á él se consagran; por eso quisiéramos, y lo hemos procurado á despecho de todo, ahorrarles el disgusto de oir los cuchicheos, gritos y bullanga de una animada concurrencia. Esta que parecia recoger con avidez cualquier accidente ridiculo que esplotar, no pudo menos de tomar por su cuenta el trage chocarrero de Faraon, *vera efigies* en esta parte de un rey de baraja.

Efectivamente, á mas del mucho oro y encarnado que dominan en el colorido, parécenos que no está arreglado á las formas del Sr. Gironella de suerte que le deje presentar un aspecto grande, imponente, oriental en una palabra. Agrégase á ello la accion del barítono, rebajada á las veces por el hábito de cerrar y abrir las manos con un extremo inconveniente á la dignidad del coturno sacro. A pesar de todo y de la prevencion con que el público esperaba el éxito del segundo y demás actos, oímos aplaudir con gusto al Sr. Gironella en el duo que cantó bastante bien con Palma. El *spartito* (como decimos los italianos de Iberia) está escrito para una voz de tenor estensa y flexible, y la del Sr. Castell carece hasta cierto punto de ambas cualidades; con todo, este artista siente y egecuta en términos que casi ahoga los escrúpulos de la crítica. La Sra. Cattinari y el Sr. Segarra han cantado regularmente en las dos representaciones á que aludimos, si bien en el *allegro* del concertante *mi manca la voce* notamos falta de vigor y pureza en la entonacion por parte de aquel artista. Por lo demás nos complace que celoso de su porvenir, haya significado en sus maneras la pausa y magestad del gran legislador judío.

Individualmente ó á lo mas de dos en dos, todos los primeros papeles han egecutado en términos aceptables; solo los concertantes, los coros, algunas veces la orquesta y no pocas la banda militar han sido los escollos que no ha alcanzado á evitar todo el celo é inteligencia que reconocemos en el maestro Sr. Zerilli. Como su varita no llega á caña de doctrina ni á vara de alcalde, á lo menos para hacer entrar en vereda al que se desmande; mientras haya bailettes pesados que se acompañen tan mal como el de la primera noche de *Mossé*, y coros tan poco acordes como los que se egecutan en las *tinieblas*, el director reirá y el público silbará. Cada cual con su razon.

Pues ¿y las decoraciones? la arquitectura egipcia antigua y la morisca moderna se unen en el primer acto, sin mas repugnancia que la que pueda sentir el espectador, muy sufrido y tolerante en achaque de anacronismos y disparates escénicos. A propósito, no creemos deber dejar en el tintero, como suele decirse, la perspectiva que forma el mar rojo al separarse, casi como si lo cortáran con afiladas tijeras. Cualquiera corto de vista puede prever que las montañas de agua que están asomando por entre bastidores deben llenar su deber cuando les toque reemplazar los pedazos colgantes de cerúleas ondas, abismo renitente de Faraon y comparsa. ¡Qué bíblico y trágico-sacro es aquello de dejarse caer en tierra antes de que las aguas vuelvan á cerrar el paso! Fortuna que caen á tiempo el final y el telon.

En resumidas cuentas, *il nuovo Mossé* fue silbado el dia 20 y empezó á parecer regular en el 21; *Macbet*, *I Lombardi*, *Mossé*, hasta la otra, pero que tarde.